

‘La verdad’: una comedia ligera y burbujeante de Florian Zeller con Joaquín Reyes

Con sus diálogos picados, este juguete cómico dirigido por Juan Carlos Fisher propicia la catarsis humorística de un público deseoso de quitarle hierro a la vida



Mentir o no mentir, he ahí el dilema. La verdad es el motor del *Hamlet* shakespeariano y de la calderoniana *La vida es sueño*, tragedias para educación de príncipes, pero también lo es de farsas populares como *Arlequín servidor de dos amos*, de Goldoni, y *El arte de la comedia*, del incisivo Eduardo de Filippo. [Florian Zeller](#), autor de dramas tan ambiciosos como *El padre*, que él mismo rodó para que Anthony Hopkins se llevara un óscar, también ha compuesto comedias ligeras y burbujeantes como *La verdad*, estrenada en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, con Joaquín Reyes encabezando el cartel.

Miguel, su protagonista, sirve a dos mujeres, de las que se sirve también. Laura es su esposa. Alicia, su amante, es la pareja de Pablo, su mejor amigo. Como el anciano de *El padre*, Miguel está confuso y no se entera de nada: aquel, porque padece demencia incipiente; este, por tener miopía en el alma. Su comprensión cambiante de los acontecimientos depende de quién se los esté contando. Y en ambas obras el punto de vista del público es el del protagonista, pues no sabe más que él.

Es esta una comedia de cama y tresillo, un vodevil de ideas en el que las llamadas telefónicas que Miguel y Alicia reciben en el hotel donde traicionan a sus parejas dan el mismo juego que las entradas y salidas precipitadas de cónyuges y amantes en el clásico vodevil de puertas. El amor entre los dos camaradas y sus mujeres es una mentira permanente, funcional para su ecosistema amistoso, pero es también una metáfora de ese campo minado de engaños tácticos y estratégicos que es el curso de la vida.

El personaje central encuentra en Joaquín Reyes un médium propicio, en el que fluyen discrecionalmente el despiste, la desatención, la volubilidad y el narcisismo supinos

El personaje central, dibujado por el autor francés vivo más representado a la medida de Pierre Arditi, gran histrión, encuentra en [Joaquín Reyes](#) un médium propicio, en el que fluyen discrecionalmente el despiste, la desatención, la volubilidad y el narcisismo supinos: el centro de atención de Miguel oscila entre su ombligo y un poquito más abajo. Laura, su esposa, reúne flema, temple, socarronería y una eficaz mirada oblicua en la interpretación de [Natalie Pinot](#), pero, ¿quién podría decirle que no a la encantadora y persuasiva amante que encarna Alicia Rubio? El Pablo de Raúl Jiménez es la esfinge que plantea un enigma.

La verdad